

“Pero dime por tu vida: ¿has tú visto más valeroso caballero que yo; en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tengi ni haya tenido más brío en el acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar.”

Los vicios que se oponen á la propiedad y exactitud del lenguaje son: la concisión desmedida, en que no se presenta el pensamiento que deseamos en todas sus fases ó aspectos; la difusión, en que, por el contrario, la idea se desenvuelve excesivamente, desmenuzándola en multitud de detalles insignificantes; y la redundancia, en que se emplean voces superfluas, pleonasmos inútiles ó en el desconocimiento de la fuerza elíptica del idioma

Examinados los elementos de la claridad, procede ahora determinar en qué consiste.

Se dice que un pensamiento es claro, cuando la idea, asunto ó inferencia en él contenidos los entienden fácilmente las personas á quienes se dirigen ó destinan. Esta claridad depende evidentemente de la pureza, corrección, propiedad y exactitud del lenguaje. Es la cualidad más estimable y en la que tanto se distinguen los buenos autores. Gaspar Núñez de Arce, uno de los poetas más notables del siglo, comienza su bellissimo Idilio, con los claros pensamientos siguientes:

¡Oh recuerdos, y encantos y alegrías
De los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa!
¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo
Y bajadme del cielo
La imagen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
Y vuestras leves alas
Refresquen ¡ay! mi corazón marchito.

Manuel Acuña, el más profundo de nuestros poetas es, al propio tiempo, el más claro. En sus magníficos tercetos «Ante un Cadáver» dice:

Y bien! aquí estás ya... sobre la plancha
Donde el gran horizonte de la ciencia
La extensión de sus límites ensancha.
Aquí donde la rígida experiencia
Viene á dictar las leyes superiores
A que está sometida la existencia.
Aquí donde derrama sus fulgores
Ese astro á cuya luz desaparece
La distinción de esclavos y señores.
Aquí donde la fábula enmudece
Y la voz de los hechos se levanta
Y la superstición se desvanece.
Aquí donde la ciencia se adelanta
A leer la solución de ese problema
Cuyo sólo enunciado nos espanta.
Ella que tiene la razón por lema,
Y que en tus labios escuchar ansía
La augusta voz de la verdad suprema.

Suele suceder que la concisión excesiva de la frase implique cierta obscuridad.

Ejemplo:

Eras á un tiempo el ángel y el vestigio;
El astro y el espectro en el cometa;
Todo un siglo hecho hombre; todo un siglo
De befa y de pasión hecho poeta. S. Díaz Mirón.

Esto no es defecto propiamente; la mayor parte de los pensamientos que los autores llaman profundos son ejemplos de concisión del lenguaje, que obliga á reflexionar para entenderlos.

Ejemplo:

Non ignara mali, miseris succurrere disco. (Virgilio)
(Y como supe ya lo que son males,
Amparar sé también al infelice.) [G. Hermosilla.]

Pero de ordinario la obscuridad proviene de la falta de pureza, corrección, propiedad y exactitud del lenguaje, de que será fácil multiplicar los ejemplos.

Obscuridad por arcaísmos:

Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenuto en más que vos.... [Romancero.]

Obscuridad por incorrección gramatical.

Vos no sois que un purista... [Iriarte.]
Y en oro y lauro coronó su frente... [Herrera.]
El cenit escaló, plumas vestido... [Góngora.]
Préstame, si querrás, tu podadera.... [Valbuena.]
¡Cuántas ¡ay! que apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas,
Betis me viera de tu voz pendiente. [Gallego.]

Obscuridad por mala colocación de adverbios, modificativos, relativos y pronombres:

“Se extinguirá *quizas* entonces aquel espíritu de partido, tan funesto á la sabiduría como á las costumbres.

Más precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algún príncipe insigne, *aprisionado*
En el metal de las doradas rejas: [Rioja.]

“Y el primero que fué á descargar el golpe fué el cólico vizcaino, *el cual* fué dado con tanta fuerza,” etc. (Cervantes.

“No hay original alguno excelente en nuestra especie de *quien* no se saquen innumerables copias. (Feijóo.)

La obscuridad se origina también de ciertas relaciones sutiles de semejanza, expresadas por medio de los tropos, ó sea, del abuso de metáforas, de una prolija y difusa exposición de aspectos y circunstancias de un objeto.

“El pensamiento humano,” dice Lope de Vega, “es Nemrod de bajeza y sitio sobre el cual forma el deseo un apacible llano en los peñascos de una blanca sierra, en el cual levanta el amor propio un edificio tan alto, que el viento tiene debajo de él su base y fundamento.”

S. J. Inés de la Cruz, de gran talento, admiración de propios y extraños, se dejó llevar por la corriente de mal gusto que arrastraba toda la Literatura española de

su tiempo, y escribió verdaderos embrollos ó enigmas que deslucen completamente la natural brillantez de sus conceptos.

Ejemplo:

Mandas, Aranda, que sin llanto asista
A ver tus ojos, de lo cual sospecho
Que el ignorar la causa es quien te ha hecho
Querer que emprenda yo *tanta conquista*.
Amor, señora, sin que me resista,
Que *tiene en fuego el corazón deshecho*,
Como hace huir la sangre allá en el pecho
Vaporiza en ardores por la vista.
Buscan luego mis ojos tu presencia,
Que centro juzgan de mi dulce encanto;
Y cuando *mi atención te reverencia*
Los visuales rayos entre tanto,
Como hallan en tu nieve resistencia,
Lo que salió vapor se vuelve llanto.

Reflexiónese cuanto se quiera; aquí no hay originalidad ni profundidad, sino relaciones sutiles, tropos afectados y violentos, y lenguaje difuso formado por locuciones sin sentido.

La construcción figurada contribuye junto con los tropos, cuando son bien manejados, á dar claridad al lenguaje. Estos recursos mantienen despierta la atención, y sirven para expresar las ideas más profundas y los afectos más delicados. La transposición misma, de que tanto abusaron los culteranos, no solo proporciona energía, donaire y elegancia á la elocución, sino que es fuente abundante de precisión y claridad en los conceptos.

En toda obra literaria la elocución ha de ser tan clara como lo permita la índole del asunto; y el mejor medio para conseguir esta claridad es, según se infiere de lo expresado anteriormente, ordenar bien las ideas y emplear voces puras, propias y exactas, locuciones, giros y cláusulas conformes en su estructura con los preceptos de la gramática. X

ARTICULO III

Energía del Lenguaje.

La energía del lenguaje consiste «en excitar vivamente el interés y la atención de los oyentes ó lectores, de manera de producir una impresión profunda y duradera en el ánimo.» Pero este carácter, meramente subjetivo, no permite asignar las notas ó caracteres objetivos á aquella cualidad. Para entenderla, se necesita explicar lo que se entiende por epíteto é imagen, y lo que es la verdadera concisión en el lenguaje.

Se da el nombre de epíteto «á la palabra ó reunión de palabras que sirven para caracterizar la idea principal y dominante del objeto de que se trata.»

Gramaticalmente los epítetos pueden ser, ó adjetivos, ó participios, casos de adposición, oraciones incidentales y complementos indirectos.

Ejemplos de adjetivos y participios que son epítetos:

En tanto por las calles *silenciosas*
Acaudillando *armada* soldadesca
Entre *infectos* cadáveres, y vivos
En que la estampa de la parca impresa
Se mira ya; su *abominable* triunfo
La restaurada inquisición pasea;
Con *sacrílegos* himnos los altares
Haciendo resonar, á su *honda* cueva
Desciende *enhambrecida*, y en las ansias
De *atormentados* mártires se ceba. A. Bello.

Ejemplos de epítetos que son complementos, casos de adposición y oraciones incidentales:

.....
Y entonces una voz, cuya cadencia
Sonaba *arrulladora*,
Como el canto de amores de la virgen,
Se oyó que repetía
En su dulce cascada de gorjeos:
Duérmete, *vida mía*,
Gozando con la luz y la poesía
De la región que pueblan tus deseos.....
Duérmete, *flor del arte*,
A la que el beso de las auras mece.....
Duérmete.....y cuando venga á despertarte
La voz de tu destino,
Yo, el ángel de tu cuna,
Regaré de perfumes y de galas
La *áspera* cumbre que tu genio adora,
Y á donde tienden las inmen-as alas
Tu ambición y tu fé de soñadora. M. Acuña.

Nótese bien que todos los adjetivos, participios, casos de adposición, ó modificaciones é incidentales, pueden suprimirse sin que se altere en lo más mínimo el sentido gramatical ó lógico del razonamiento ó período; pero perderá en cambio mucho de su animación, viveza y colorido, esto es, de su energía y vigor, dejando reducidos los conceptos á esqueletos descarnados y fríos.

Los epítetos han de ser significativos, caracterizando con toda propiedad el objeto á que se aplican; por ejemplo:

.....
Y á ver en el pecho más cerrado
La *insomne* incertidumbre del delito
Y la *muda* vergüenza del pecado. G. N. de Arce.

Son, por lo mismo, defectuosos: los epítetos vagos, ó que no expresan con propiedad y exactitud la cualidad dominante del objeto; los inútiles, ó que significan ideas contenidas en la principal del objeto á que se aplican; los impropios, ó que no convienen al objeto, y los vulgares, ó que carecen de toda elevación y nobleza.

Ejemplos:

Entonces vuela rápido y quebranta
Todas las fuentes del *grandioso* abismo,
Y luego pasa al sur, y allí cogiendo
El polo *con la mano*, lo levanta....

.....
Las ondas en *enormes* remolinos
Se echaron en los *grandes* continentes,
Y arrancaban *enteros* los palmares.

.....
Las grandes aguas iban y volvían,
Y en los montes *inmensos* se azotaban,
Y los montes *inmensos* retemblaban.

.....
Desde entonces se mira allá en el fondo
Un valle *triste, solitario y hondo*
Abras se ven allí, peñascos *altos*
De pedernales, pómez y basaltos
Ahumados con las *grandes* llamaradas....

.....
De trecho en trecho nace apenas
Cardos silvestres y duros espinales....
El *soberbio* Jordán turbio y sombrío
Cuya desierta margen entristecen
Pálidas cañas que humedece el río.... M. Carpio.

Con excepción de dos ó tres epítetos, todos los contenidos en los anteriores versos son vulgares, vagos ó inútiles, y alguno de ellos manifiestamente impropio, como el de *soberbio* aplicado al Jordán.....Casi todos son verdaderos ripios destinados á satisfacer las exigencias de la métrica.....Al leer á nuestro sabio y modesto poeta, viene inconscientemente á la memoria aquella célebre frase de Musset. «El cerebro puede hacer versos, pero sólo es poeta el corazón.»

Otro medio de dar vigor y energía al pensamiento es la imagen.

Imagen, en el sentido literario, «es la representación de ideas abstractas ó morales por medio de formas adecuadas á la expresión de las sensibles.» Se aplica aún el mismo nombre á la expresión de ideas relativas á obje-

tos sensibles, siempre que por lo vivo y animado del lenguaje, ó por ciertos rasgos felices con que se describan ó pinten, queden grabadas profundamente en el ánimo de los oyentes ó lectores. Cuando los objetos inanimados se introducen en la composición, actuando como si tuvieran vida, la imagen contiene una verdadera prosopopeya. Gutiérrez Nájera dice:

Y con ellas se van la *paz amiga*,
La *dulce confianza, el noble brío*
De quien, alegre, con vigor trabaja;
Y para consolarnos, *mudo y frío*
Con sus alas de bronce el sueño baja.

Estas imágenes se refieran á objetos morales y abstractos; las siguientes, del mismo autor, son de objetos físicos:

La noche no descende de los cielos,
Es marea profunda y tenebrosa
Que sube de los antros: mirad cómo
Aduéñase primero del abismo
Y se retuerce en sus verdosas aguas.
Sube, en seguida, á los rientes valles,
Y cuando ya domina la planicie,
El sol, convulso, brilla todavía
En la torre del alto campanario,
Y en la copa del cedro, en la alquería,
Y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
Surge la sombra: amedrentada sube
La triste claridad á los tejados,
Al arbol, á los picos elevados,
A la montaña enhiesta y á la nubl
Y cuando al fin, airosa la tiniebla
La arroja de sus límites postreros,
En pedazos, la luz, el cielo puebla
De soles, de planetas y luceros!

Las imágenes son bellísimo adorno literario y auxiliar indispensable del lenguaje poético, y, junto con los epítetos y los tropos, la fuente abundante de que manan

la belleza, el vigor y el colorido de la frase; pero, como todo lo valioso, conviene no prodigarlo, que se desnaturaliza y pierde de su mérito en proporción de su abundancia. Además, *pensar* no siempre es *pintar*, y el escritor *colorista* que imprime un vuelo poderoso á su imaginación, mutila en detrimento suyo la propia actividad, destruyendo la armonía que debe reinar en el ejercicio de sus facultades, y convirtiendo sus escritos en una exposición general de fantasmas y quimeras.

El tercero y último recurso retórico para alcanzar la energía del lenguaje es la concisión. Esta consiste en expresar solamente aquello que es absolutamente indispensable para la cabal inteligencia de la idea ó asunto que se quiere comunicar.

De ordinario procede esta cualidad de una percepción clara de lo que se desea comunicar, y de una profunda convicción y apasionamiento en las ideas. Rioja, por ejemplo, dice:

No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:
Estos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.

S. Díaz Mirón en sus «Fragmentos de un Libro» (A Gloria) dice:

Los claros timbres de que estoy ufano
Han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
Y no se manchan ¡Mi plumaje es de esos!

Díaz Mirón es el más enérgico de nuestros poetas. Véanse todas sus composiciones, y se encontrarán á cada paso los ejemplos de esta cualidad, que en él estriba esencialmente en un apasionamiento profundo y en la concisión del lenguaje.

El vicio opuesto á la energía es la debilidad del lenguaje, originada por el uso de palabras inútiles ó poco expresivas, de largos paréntesis, de miembros redundantes, de mala colocación de palabras enfáticas ó capitales, incisos, complementos y homólogos; de todo lo que es fácil multiplicar los ejemplos:

«Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como éste ningún otro le puede igualar), *hablo de las letras humanas*, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva.» En este ejemplo todas las palabras subrayadas son inútiles lo cual hace languidecer la cláusula, ya débil de suyo á causa de un paréntesis tan largo.

«No es posible, ni cabe en la posibilidad, que la maldad y el vicio dejen de llevar tarde ó temprano su merecido castigo.» Aquí, el segundo miembro es redundante.

«Jamás sin virtud alcanzará el hombre bienestar y calma.» La energía exige colocar la palabra enfática *jamás* después de *virtud*, en esta forma: «Sin virtud jamás alcanzará el hombre bienestar y calma.»—«La ley es el poder de los pueblos civilizados.» Es más enérgica la frase puesta de este modo: «El poder de los pueblos civilizados es la ley.»—«A los ochenta años es lícito tener la ambición del descanso» y no: «Es lícito tener la ambición del descanso á los ochenta años.»

La mala colocación de complementos y palabras homólogas es fuente de debilidad. Así, en esta frase: «Hace dos meses, en el teatro y en presencia de mi hermano dije á V. que el negocio no podía convenirme.» Debe decirse: «Hace dos meses dije á Vd. en el teatro, y en presencia de mi hermano, que el negocio, etc.»

El abuso de partículas copulativas y relativas debilita la elocución; por ejemplo:

«En esto no hay cosa que nos disguste más que la vana pompa del lengaje;» debe decirse: «Nada nos disgusta más.» En este otro: «No hay persona alguna que sea capaz de adivinar las cosas que han de suceder,» basta decir: «Nadie es capaz de adivinar lo futuro.»

Pero lo importante es tener una idea muy clara y precisa de lo que se quiere comunicar, y un perfecto conocimiento del idioma; con esto, la pasión misma y el pensamiento adquieren toda la fuerza y vigor con que los siente el que habla ó escribe.

Antes de tratar de la novedad en la expresión, conviene decir algo acerca del lenguaje figurado, su principal elemento. Por ser una materia tan importante, la haremos objeto de un artículo especial.



ARTICULO IV.

Lenguaje Figurado.—Tropos.—Novedad.

Se da el nombre de tropo (voz que literalmente significa giro ó vuelta,) á la palabra ó reunión de palabras tomadas en sentido figurado, esto es, en un sentido diferente del recto ó primitivo en que se emplean ordinariamente. La palabra *vela*, por ejemplo, que en el sentido recto significa el lienzo de un bajel ó navío, en sentido figurado ó translaticio pasa á designar el bajel ó navío por entero. Así decimos que «ha llegado al puerto una armada de *cien velas*,» en lugar de cien navíos; de un gran pintor, que es un *excelente pincel*; y del sol, que es la *f fuente de la vida* en el planeta que habitamos.

El origen y causa de estas translaciones de significado se encuentran, según J. J. Rousseau, en las pasiones que impulsan al hombre á expresar con viveza y calor lo que siente con fuerza y profundidad. A esto debemos añadir la necesidad gramatical y la ideológica, principalmente en la infancia de las lenguas, en que por falta de palabras para designar los grupos abstractos de las clasificaciones y los conceptos suprasensibles de la razón, se vieron los hombres obligados á dar á una cosa el nombre de otra con la cual tenía ciertas relaciones. Mas, no debemos creer por esto que hoy, ya formado el lenguaje, la función retórica de los tropos se reduz-

ca en la expresión culta del poeta ó literato, sencillamente, á remediar la carencia de palabras, para manifestar cumplidamente las ideas que puedan ocurrírsele; sino que, por el contrario, tiene la de aumentar la riqueza del lenguaje, volviéndolo abundante, y la de sensibilizar y dar cuerpo á las ideas, comunicando energía, viveza, calor y novedad á la expresión.

En cuanto al fundamento psicológico de estas relaciones que percibimos entre las cosas, reside en el fenómeno llamado por los filósofos *asociación de las ideas*, que la experiencia propia nos muestra, y en virtud del cual se ligan en nuestro interior las impresiones que recibimos de los objetos, con todas las circunstancias de lugar, tiempo y analogía ó semejanza. Hay, pues, tres especies principales de translaciones de significado, ó tres especies de tropos, fundadas en las tres grandes clases de asociación de las ideas: por coexistencia, sucesión y semejanza. A los de la primera especie se les da el nombre común de Sinécdoque; á los de la segunda, el de metonimia; á los de la tercera, el de metáfora.

Sinécdoque es el tropo en virtud del cual las palabras pasan á significar objetos diferentes, por estar éstos relacionados entre sí dentro de un todo ó principio superior que los contiene. Todas las variedades que ofrece en el lenguaje pueden, en efecto, reducirse á las sencillísimas relaciones de *todo y parte*, *género por especie*, *especie por individuo*, *singular por plural*, *abstracto por concreto*, *continente por contenido*, y viceversa; v. g.: «veinte velas,» por veinte naves.—«México tiene once millones de almas,» por once millones de habitantes.—«El ejército resplandecía á la luz del sol,» por las armas, etc.—«La felicidad es el anhelo de los mortales,» por de los hombres.—«Difícilmente conseguirás el pan,» por el

alimento.—«El poeta del siglo,» por Victor Hugo.—«Es un Cicerón,» por es un gran orador.—«Es un Mecenas,» por es un protector de las letras.—«El francés es animoso,» por los franceses son animosos.—«La ambición es temeraria,» por el ambicioso es, etc.—«La juventud es irreflexiva,» por el joven es, etc.—«He bebido dos copas de vino,» por he bebido vino.

El tropo llamado atonomasia es una sinécdoque en que se toma el individuo por la especie, como cuando decimos de un hombre que es un *Nerón*, un *Mecenas*, ó un *Zoilo*, en lugar de *Cruel*, *protector de las letras*, ó un *crítico envidioso*.

Metonimia es el tropo en virtud del cual aplicamos á una cosa el nombre de otra, que tiene con ella cierta relación de sucesión ó tiempo. Los modos literarios de esta figura se reducen á tomar el antecedente por el consiguiente, la causa por el efecto, lo físico por lo moral, el signo por la cosa significada, el autor por sus obras, el inventor por la cosa inventada y viceversa, como en estos ejemplos: «Fué Troya y la gloria de los hijos de Dárdano,» por ya no existe.—«Las canas son respetables,» por la vejez es respetable.—«Gana el pan con el sudor de su rostro,» en lugar de con su trabajo.—«El Aguililla Azteca,» por la Republica mexicana.—«El hilo de Morse,» por el telégrafo.—«Leo á Cicerón,» estudio á Bello,» por las obras de estos autores, etc. En todos estos casos hay ideas de sucesión, de antecedente y consiguiente, ó de causa y efecto.

La metáfora, que es el tropo por excelencia, y que da nombre á todo el lenguaje figurado, que por extensión se llama metafórico, es el más importante por su empleo frecuente y difícil: consiste en aplicar á una cosa el nombre de otra que tiene con ella cierta relación de semejanza.

Por medio de esta figura decimos, por ejemplo, de un hombre valiente, que es un *león*; del sepulcro, que es el *crisol de la gloria*; del arrepentimiento, que es la *aurora de la virtud*, etc.

La metáfora fué, según Max, Müller, el instrumento más poderoso del espíritu para la formación del lenguaje, durante el larguísimo período histórico de la infancia de los idiomas. Así, todas las raíces descubiertas actualmente en las lenguas cultas presentan dos significaciones: una material y primitiva, y otra general y comprensiva que puede aplicarse indistintamente á muchos objetos: á la primera le podríamos llamar metáfora radical; á la segunda, metáfora poética. De la raíz sánscrita que significa *brillar, brillante*, se han formado en los idiomas indo-europeos palabras para designar *sol, luna, estrellas, ojos, oro, alegría, felicidad, amor*, etc.

Pero la Literatura Preceptiva no se ocupa en estudiar la metáfora que se refiere al origen común de palabras hoy muy diferentes, y que se aplican á objetos dotados de ciertas analogías remotas, sino la que corresponde á la voz ya formada en un idioma, con su propia significación á un objeto, y transportada á significar otro que ofrece con él íntima y estrecha relación de semejanza. Si llamamos, por ejemplo, *hilos de oro* á los rayos de luz que los astros, y principalmente el sol, despiden, las voces *hilos* y *oro*, existían ya en la lengua castellana, por lo cual no hacemos más que transportarlas á un objeto que presenta con las cosas que ellas significan cierta semejanza fundada en el color, disposición general y aparente estructura, digamos así, de estos objetos. Lo mismo se verifica si decimos: *que de aquel inmenso foco de calor y luz brota la vida en el planeta que habitamos*, pues que la palabra *brota* que en su sentido genui-

no ó recto significa germinación, ó sea, el acto de desarrollarse la semilla, pasa á designar la fuerza ó el espíritu que anima á los seres vivos.

La metáfora poética de que tratamos, no es un producto artificioso del espíritu culto y reflexivo empleado sólo por el poeta y literato en sus altas adivinaciones ó estudiados conceptos; que con la misma espontaneidad con que brota de la mente del sublime épico en sus elevadas y bellísimas concepciones, surge hasta en la ordinaria conversación del espíritu inculto y rudo, por poco que en ella se anime y acalore; y es que el espíritu humano es siempre el mismo, cualquiera que sea su cultura, y siempre compara, y compara pronta y fielmente unos con otros los objetos comunes que conoce, ya la pasión al fuego, ya la edad al peso de un fardo, ya la juventud á la primavera, ya la vejez al invierno, etc.—Pero si hasta en la inteligencia naturalmente obscura y torpe del inculto se enciende la luz de la idea apasionada que colora el lenguaje, debe suponerse que con la sensibilidad exquisita, la imaginación ardiente y la percepción clara del artista, adquiera una elevación, un vigor y un colorido que en vano buscaríamos en la expresión vulgar.

Para probar que la metáfora da elevación y cierta delicadeza á los objetos bajos y familiares, basta el siguiente ejemplo:

Un párpado levantado
Mostraba negra pupila,
Que con su fuego aniquila
Cuanto una vez ha mirado,
Y el otro cobre caído
Como venda bienhechora,
La pupila matadora
Que cerrada *se ha dormido*

(Arolas)

Esta última expresión figurada ennoblece un objeto común, que nombrado en lenguaje recto produciría un efecto natural de repugnancia ó desagrado.

En cuanto á la energía y el vigor que adquieren las expresiones figuradas es un resultado necesario de la función principal que tiene el tropo, y sobre todo la metáfora: de *sensibilizar* las ideas más abstractas, y de darles suma consición, que permite grabarlas profundamente en el ánimo; por ejemplo: «El odio público suele ocultarse tras la máscara de la adulación.» Un discurso sería necesario para expresar en lenguaje recto la serie de ideas que despierta la frase anterior, cuyo vigor y energía estriban esencialmente en la representación de objetos abstractos ó suprasensibles por medio de lo concreto y lo sensible.

No es esto todo; el lenguaje figurado es fuente de claridad, belleza y novedad en el escrito: el único recurso para expresar objetos innobles, indecentes ó torpes y el más seguro medio para evitar la vulgaridad y la grosería.

La claridad que resulta del lenguaje figurado es más bien un esclarecimiento de la idea por abundancia de detalles y de circunstancias; pues que en el mismo tiempo que en sentido recto se expresa una sola idea, en sentido figurado se expresan dos: la de los objetos comparados, en la metáfora; la de todo y parte, en la sinécdoque, y la de antecedente y consiguiente en la metonimia; no siendo por lo mismo, tanto lo que se dice cuanto lo que se sugiere; por ejemplo:

“Pallida mors oequo pulsat pede pauperum tabernas
Regumque turres”.

El vulgar pensamiento contenido en los anteriores versos del célebre poeta romano, además de la novedad,

gracia y belleza con que se halla revestido, presenta ciertos datos y circunstancias que esclarecen la idea.

De la belleza que el lenguaje figurado presta á la elocución trataremos en su lugar oportuno; pero la cualidad que más resalta en todos los ejemplos anteriores es la novedad, de que hablaremos más extensamente, por así exigirlo su importancia.

Los autores llaman pensamientos nuevos á los que no han sido empleados antes por escritor alguno, y comunes, vulgares y triviales, á los ya usados, repetidos por la multitud y siempre con las mismas palabras: escala descendente cuyo último término es la trivialidad. Pero la novedad, y esto no lo consignan los mismos autores con la claridad que es de desearse, proviene de dos causas: de nuevos y trascendentales aspectos en las cosas é ideas, ó de nuevas formas con que se revisiten los ya conocidos: lo primero se confunde con la originalidad, que es uno de los atributos distintivos del genio; lo segundo, es la manifestación del buen gusto y tacto delicado, de la cultura artística del talento, que si no iguala á aquel en vigor de concepción y profundidad de miras, suele aventajarle en pureza y corrección en la forma.

Y el mejor medio para adornar y revestir los pensamientos más vulgares, dándoles novedad y belleza, es el lenguaje tropológico, y esencialmente la metáfora. Rioja, por ejemplo, para dar novedad á los vulgares pensamientos «aquí nacieron», «aquí habitaron,» hace uso de las metáforas siguientes:

Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,

*Rodaron de marfil y oro las cunas:
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines*
Que agora son zarzales y lagunas.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA
“ALFONSO REYES”
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO